

Las desesperantes horas de ocio. Tiempo y diversión en Bogotá (1849-1900) de Jorge Humberto Ruiz Patiño

Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2021. 250 pp.
ISBN: 978-958-781-610-5

Óscar Daniel Hernández Quiñones/ Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt

Las novedades bibliográficas sobre el siglo XIX colombiano suelen ser reconfortantes. Demuestran que, más allá del marcado acento político con que suelen ser leídas, aún existen rincones temáticos de aquel periodo en deuda de ser cartografiados, como si se tratase de un mapa inconcluso. Varias de esas zonas borrosas tienen que ver con los mundos cotidianos que dieron textura a la experiencia decimonónica; mundos fascinantes sin duda, pero escasamente documentados en los archivos si se les compara con otros ámbitos más resonantes de la época. Pese a esto, siempre es posible toparse con investigaciones refrescantes que han aceptado el desafío metodológico de sumergirse en las tramas rutinarias de la centuria antepasada, tal y como ocurre con el libro que aquí nos convoca, escrito por el sociólogo Jorge Humberto Ruiz y derivado de su tesis doctoral en la FLACSO, sede México.

El trabajo de Ruiz se ocupa de un objeto que parece recibir cada vez más atención historiográfica: las diversiones. Puntualmente, las que adoptaron las élites bogotanas en el lapso de 1849-1900, tales como las carreras de caballos, de velocípedos, la ópera o el teatro. Dicha adopción de actividades lúdicas extranjeras no es de sorprender en un contexto donde los intercambios entre Colombia y la Europa burguesa, aumentaban con rapidez por cuenta del comercio exterior y una consecuente valoración positiva de los servicios diplomáticos. Lo interesante —y sobre esta premisa Ruiz estructurará su obra—, es que esas diversiones vanguardistas incorporadas por las clases altas terminaron por desmarcarse paulatinamente del calendario religioso de herencia colonial que administraba los ritmos vitales de la ciudad, incluyendo, por supuesto, sus festividades. También lo hicieron de las celebraciones civiles, que transformaban las conmemoraciones patrias en ostentosos regocijos. Así, para finales del siglo XIX, en la antesala de la gran fractura que supuso la Guerra de los Mil Días, los *espectáculos públicos* habían cobrado vida propia. Su realización ya no se supeditaba a interrupciones extraordinarias de la cotidianidad como el Corpus Christi, el 20 de julio o las fiestas de San Juan y San Pedro. En su lugar, la capital de la república presenció la emergencia de un novedoso empresariado que hacía las veces de promotor para distintos entretenimientos, y que organizaba la frecuencia de estos en función de *temporadas*, muy a la usanza actual de los certámenes deportivos o los ciclos de teatro y conciertos.

Con lo anterior, Ruiz presenta como telón de fondo una coexistencia de divertimentos religiosos, civiles y de financiación privada, donde los últimos terminarían por capitalizar la oferta de actividades placenteras, diseñadas para una urbe que buscaba librarse de estigmas como el de ser aburrida o, peor aún, ociosa. Porque, debe anotarse que, con las décadas, las festividades tradicionales comenzaron a ser condenadas por sectores de élite adscritos a los dos partidos tradicionales que las asociaban con la inacción y el despilfarro de tiempo valioso. También con la “barbarie”, toda vez que su programación incluía prácticas duramente controladas desde el pasado borbónico como las riñas de gallos, los juegos de azar y unas poco reguladas corridas de toros en la Plaza Mayor (actual Plaza de Bolívar).

No sucedía lo mismo con las diversiones importadas por esos mismos sectores, acreedoras de una significación civilizatoria que las perfilaba como sanas, instructivas y encaminadas a un esparcimiento imprescindible para la perfectibilidad tanto humana como del individuo. ¿Qué procesos ocurridos en el desarrollo del siglo consolidaron aquella distinción entre segmentos válidos y segmentos deleznable para divertirse? Es más, ¿qué implicaba el que la regulación de la vida lúdica bogotana dejase de estar instalada en el calendario colonial, y sucumbiera ante nuevos intervalos de recreación que no coincidían con festividades religiosas?

En un nivel superficial, se trataba de una clara secularización de las diversiones, signada por una mayor disponibilidad de espectáculos. En otro más profundo, que denota el ángulo de visión sociológico con que el autor construyó su investigación, se hallaba un importante cambio en la experiencia social del tiempo; pues a las estructuras cotidianas de trabajo, liturgias y descanso, se sumó la necesidad moderna de reservar fracciones del diario vivir para practicar recreaciones aceptables que no incurrieran en ociosidad ni activaran el destructivo potencial de las pasiones. De acuerdo con Ruiz, la oposición construida por las élites entre divertimentos bárbaros y civilizados, facilitó vincular los segundos a esa nueva porción temporal que todo individuo debería cultivar en aras de desarrollar cualidades extrapolables al mundo de la producción y a la reparación del espíritu mismo.

Cuatro aspectos ocurridos en el periodo de estudio hicieron posible la configuración de esa nueva temporalidad. A cada uno Ruiz dedicará un capítulo de la obra, sumado a un primer capítulo de contexto general sobre diversiones en Bogotá para un total de cinco. El primero, como ya se sugería, fue una representación de los regocijos tradicionales como poco útiles al progreso según quedó consignado en diarios de viaje e impresos de procedencias geográficas diversas. El segundo fue la consolidación de los espectáculos públicos como un ámbito secular de diversiones que se vio enfrentado al reto de construir audiencias neófitas, pautas de difusión adecuadas y lógicas funcionales al criterio comercial sobre el cual se organizaban. El tercer elemento tuvo que ver con la transformación de las plazas coloniales en espacialidades dispuestas para el esparcimiento moderno, tales

como parques y jardines. Por último, estaba la introducción de una economía del tiempo que ganó eco entre las clases altas y que las llevó a revestir sus nuevas actividades placenteras con un significado de utilidad, esencial para llevar una vida bien administrada.

En Colombia necesitamos más ejercicios de reflexión alrededor de las imperceptibles transformaciones de nuestras temporalidades. El libro de Jorge Humberto Ruiz puede tomarse como una cuota importante a dicho vacío; quizás algo densa en su estilo cuando se desplaza de la teoría a la explicación de sus fuentes (acertadamente variadas), pero valiente al no quedarse con lo que ya se sabe de los años finiseculares, y retroceder hasta una mitad del siglo XIX que continúa a la espera de agendas investigativas más incisivas.